

MONS. CARRASQUILLA

Un Colombiano Inolvidable

Por ARMANDO GOMEZ LATORRE

Aquel magistral retrato que él dejara en purísimo y correcto castellano del arzobispo de Bogotá Manuel Mosquera, con ocasión del primer centenario de su nacimiento, leído en la Catedral el 10 de diciembre de 1900, bien pudiera servir de guía —con tenues variantes— para su propia descripción: “La ancha frente coronada de abundantes y sedosos cabellos negros, la mirada limpia y firme; la corrección irreprochable de las facciones veladas a los ojos del cuerpo y realzada a los del espíritu por las huellas del estudio, la meditación y la penitencia; y la postura, el andar, los ademanes, aquel modo de manejar los amplios pliegues de las vestiduras pontificales con todo el desenfado y la majestad de un príncipe, y la recatada modestia de un perfecto sacerdote... Dios reparte sus dones como quiere, y concede a unos hombres lo que plugo negar a los demás. Pero, al crear al arzobispo, se dio todo con largueza: familia ilustre y piadosa, belleza corporal, inteligencia soberana, alta ciencia de las cosas divinas y humanas, dotes egregios de escritor, el supremo don de la elocuencia, las dotes de gobierno, la majestad que subyuga, la cultura que conquista y atrae.”

Sin atender mucho a ciertos rasgos somáticos, Monseñor Carrasquilla se describía a sí mismo en aquella magna oración recordatoria. Y sus alumnos, dispersos en cosecha de buenos frutos, están de acuerdo en los atributos que él fijaba en el ilustre prelado payanés. Porque todos lo recuerdan hoy, como si fuera ayer. Cariñosamente evocan su gravedad, su patriarcal figura. La cabeza voluminosa, bello, la imponente desconcertante. Y se les hace ternura el alma cuando recuerdan el bullicio del Rosario, las graves aulas y el rector por

autonomasia; cordial, comprensivo y erudito. Enérgico, sin ser imperioso; humilde, dentro de su grandeza. Y más difícil es para el país no traer a cuento, en este día centenario de su natalicio, sus 40 años de trajinar continuos en los campos de la educación, y sus servicios a la cultura, como príncipe de la elocuencia sagrada, como maestro del clero arquidiocesano, como restaurador —segundo fundador— del claustro de Nuestra Señora del Rosario, como ministro de instrucción pública, bajo el gobierno del señor Caro, en 1894; como prelado doméstico de Su Santidad, como escritor pulcro, correcto, atildado, recogedor de la herencia de Cuervo y Caro, y como espíritu impulsador, alma rediviva, de la Academia Colombiana de la Lengua, bajo cuya dirección realizó la institución extraordinaria y encomiable labor.

Le venía por tradición y por consanguinidad el amor a las letras y la estampa procerca. Descendiente de Nariño y de José María Ortega —su abuelo materno— adquirió afecto por la cultura en el contacto directo, familiar: su padre, don Ricardo Carrasquilla, era uno de los más conspicuos representantes de la famosa tertulia de *El Mosaico*, que dirigía en Bogotá don José María Vergara y Vergara. De modo que no le fueron extraños, ni mucho menos ajenos, los mejores escritores de su tiempo: Isaacs, José David Guarín, Marroquín, Eugenio Díaz, Ricardo y José Asunción Silva, etc., estuvieron en su presencia en la juventud y siempre en su espíritu. De ahí que su mejor recuerdo era aquel que él refería con sumo agrado cuando don Carlos Holguín, muy cordial, lo había invitado a una tertulia a su casa, cuando escasamente le asomaba el bozo; había sido su introducción al mundo de las letras.

Nació Monseñor Carrasquilla en Bogotá, el 18 de diciembre de 1857. Su madre, la bondadosa matrona Emilia Ortega, le infundió desde muy pequeño un afecto hacia la carrera eclesiástica, y su padre le enseñó las primeras letras en el Liceo de la Infancia, que él regentaba, con gran provecho para la culta sociedad bogotana, tan consagrada como apostólicamente. Ya competente, ayudó a don Ricardo en sus menesteres pedagógicos del Liceo; pero despertada en él la vocación de escritor, se inició con brillo hacia 1880, en periódicos de la localidad. Conservador por pasión y convicción, se destacó pronto y fue a dar al *Repertorio Colombiano*, que dirigía Carlos Martínez-Silva. Allí aparecieron muchos de sus estupendos y atinados ensayos, que causaron grata impresión a críticos tan demoleedores como el se-

ñor Caro. No muy joven ingresó al Seminario y ya terminaba sus estudios cuando Monseñor Carlos Bermúdez descubrió en él y en Cortés Lee, a uno de los grandes de la Iglesia colombiana. Desde entonces ya emulaban en diafanidad y estilo, amparados por escuelas distintas, los grandes oradores: Carrasquilla, de la escuela francesa de Massillon y Bossuet, y Cortés Lee, clásico a carta cabal, hasta en su arrogante e imponente figura.

Del Seminario hizo el curso necesario de los curatos; estuvo en las parroquias de Hatoviejo (hoy Villapinzón), Chía y en las de los barrios bogotanos y la catedral. Ascendido a venerable capitular de la Basílica Primacial, trascendió, bien pronto, su fama a todos los contornos nacionales e internacionales. Y esa fama fue tal, que en 1924 Leguía, gobernante del Perú, lo invitó a Lima para que contribuyera con su poderosa oratoria en la Catedral Metropolitana, a realizar la conmemoración de la gesta de Ayacucho; dos soberbios discursos, uno sobre Bolívar y otro sobre Simón Rodríguez, el maestro del Libertador; fue entonces ovacionado en el sagrado recinto, honor concedido a pocas excepciones y puso tan en alto el nombre de Colombia, que así lo hizo saber el jefe de la comisión, Fabio Lozano Torrijos.

Con grande acierto el presidente Carlos Holguín, lo encargó de la rectoría del Rosario en 1891, cargo que desempeñó hasta su muerte, en 1930. Se entregó, a partir de entonces, al histórico plantel en cuerpo y alma. La primera etapa fue difícil: las guerras, la agitación política, la penuria del fisco, las crisis gubernamentales y los abusos, entorpecieron su labor en aquel período de 1891 a 1901, hasta el punto de que el viejo claustro, convertido en cuartel durante los mil días, fue casi totalmente derruido por la soldadesca. Entronizada la paz y declarada ésta por el partido liberal, al partido de gobierno, pudo Monseñor Carrasquilla entregarse de lleno a su obra. Advino entonces el largo y provechoso período de 1902 a 1930, en que el Rosario volvió a ser lo que había sido: ¡la cuna de la República!

La tradición gloriosa del claustro fue recobrándose poco a poco gracias al afán y al empeño de su rector, que buscaba colocarlo en su sitio de honor. Organizó la disciplina, lo dotó de profesorado hábil y competente, fundó su revista en 1905 —cuyos 25 volúmenes de la primera época contienen, sin excepción, obra literaria del prelado— y en 1924 adquirió la Quinta Mutis, en donde el arquitecto Arturo Jaramillo levantó esa gran mansión pedagógica, que según vo-

luntad del rector debía cumplir dos fines: honrar la memoria de don José Celestino Mutis, el educador de la generación que realizó la Independencia, y ceñirse a los postulados de la pedagogía moderna, que reclama espacio vital para los educandos, contacto directo con la naturaleza, y aire libre para los ejercicios corporales.

Fue Monseñor Carrasquilla un escritor de calidad y cantidad. Y quienquiera saber de este aspecto, debe leerse el estupendo ensayo crítico que de su obra acaba de publicar Juan Lozano y Lozano en su discurso de la Academia Colombiana. Entre sus escritos sobresalen: *Recuerdos*, *Metafísica*, *Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza*, *Lectura sobre el arte de educar*, *Ensayo sobre la doctrina liberal*, *Ensayo sobre la barbarie del lenguaje escolástico* y tantos otros que a montones están en la *Revista del Rosario*. Y como manifestaciones de oratoria: las *Oraciones fúnebres*, como las pronunciadas a la muerte de los ilustrísimos arzobispos de Bogotá, Vicente Arbeláez (1884) y José Telésforo Paúl (1889); su famosa, a la muerte de Rafael Núñez (1894); la pronunciada en el aniversario del nacimiento de Monseñor Mosquera y la oración fúnebre de la santidad del Sumo Pontífice León XIII; los sermones y panegíricos pronunciados en la Catedral de Bogotá durante 20 años (1883-1903) con motivo de ceremonias religiosas; las oraciones gratulatorias, como aquella pronunciada en 1909, al inaugurar la estatua del fundador del Rosario, Fray Cristóbal de Torres, obra costada centavo a centavo por los rosaristas, y en la que emuló con otro gran tribuno de su época: Nicolás Esguerra; su discurso de celebración del centenario de la Independencia, el 20 de julio de 1910, pieza maestra en su género, y la oración predicada con motivo del jubileo episcopal de Monseñor Bernardo Herrera Restrepo; y en fin, sus discursos académicos, como el que pronunció el 6 de agosto de 1890, al recibirse como miembro de número de la Academia Colombiana; enfocó entonces el valor literario de la monja Sor Josefa del Castillo, puntualizó su crítica con tal tino y elegancia que muchos consideran que es sólo comparable al que pronunció, en equivalentes circunstancias, Menéndez y Pelayo sobre Santa Teresa de Jesús. A Monseñor Carrasquilla se debe el rescate del mayor exponente de nuestra literatura mística. Además, los discursos en las recepciones de Liborio Zerda y Hernando Holguín y Caro. Sin embargo, sus alumnos y comentaristas consideran que lo mejor de su inteligencia fue lo que no quedó escrito, a saber: las pláticas penitenciales, los consejos para la vida escolar y profesional, las conferencias y discursos durante

las fiestas rosaristas y el epistolario sentimental del maestro, el amigo y conductor espiritual.

Por eso, y ante la dimensión de su figura y su obra, la nación, las entidades culturales y en especial los rosaristas, hoy evocan al siglo de su advenimiento al mundo, a Monseñor Carrasquilla como a un colombiano inolvidable y un forjador de la cultura nacional.

(Tomado de *El Tiempo*, diciembre 18 de 1957).

MONS. CARRASQUILLA

Por SILVIO VILLEGAS

La persona venerable de Monseñor Rafael María Carrasquilla se presenta en el día centenario de su nacimiento a la gratitud y a la imitación del pueblo colombiano por los insignes servicios prestados a la juventud, a la Iglesia y a la patria, y por las heroicas virtudes que lo destacaron como mensajero de Cristo. De cuna ilustre, descendiente de familias proceras, consagró íntegramente su vida al estudio, a la educación y al servicio de Dios y de Colombia. Fue por excelencia un escultor de almas. Durante cerca de cuarenta años regentó el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que honró con su sabiduría, y al cual consagró páginas imperecederas como las columnas de su claustro.

Monseñor Carrasquilla recibió en sus primeros años la consagración sacerdotal el 8 de septiembre de 1883, de manos del Ilustrísimo señor Carlos Bermúdez, Obispo de Popayán, y obtuvo, más tarde, por especial privilegio pontificio el grado de doctor en Teología. Fue Ministro de Educación Pública en la administración Caro, prelado doméstico de Su Santidad, y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Vivió en santo recogimiento, entregado a la meditación y al estudio, a las prácticas piadosas y a las actividades docentes, como Fray Luis en los claustros de Salamanca.

El más atractivo aspecto de su personalidad fue el patriotismo. La sangre de sus antepasados, el recuerdo de la gesta emancipadora y el coro magnánimo de los héroes que salieron de las aulas donde adoctrinaba a sus discípulos para integrar el martirologio de la libertad, iluminaron en su corazón la imagen de la patria. Por la escala fatídica veía descender las venerables sombras de Francisco José de Caldas, de Camilo Torres, de Joaquín Caicedo, de Cabal, de D'Elhuyar, de Girardot y de Ricaurte, de los padres, libertadores y